



---

# Los otros turistas: la tercera especie de geonautas

---

*Entre los geonautas ha nacido una especie nueva, los ‘turistas políticos’. Continuadores de misioneros y antiguos funcionarios coloniales, viajan allí donde pueden prestar servicios gratuitos a los demás.*

ENRIQUE GIL CALVO

La sedentaria utopía de la industria digital nos ha vendido como prosaico modelo del héroe de nuestro tiempo el disperso e inconstante cibernauta: ese visitante fugitivo de miríadas de páginas web, donde encuentra como efímero turista virtual los más espurios paraísos artificiales en los que poder perderse para hallar vicarias compañías que le sirvan de dudoso consuelo de su propio vacío interior. Un espécimen así bautizado como barata paráfrasis del *cosmonauta*, ese otro turista tecnológico del espacio sideral cuya más vistosa encarnación cinematográfica figura en *Planeta prohibido* (Fred Wilcox, 1956): una adaptación de *La tempestad* shakespeariana donde la tripulación del ‘Crucero de los Planetas

ENRIQUE GIL CALVO

Unidos C-57D' es enviada al sistema estelar Altair a 16 años luz de la Tierra, como futurista *remake* del viaje mitológico que los argonautas de Jasón (Hércules, Teseo, Meleagro, etcétera) llevaron a cabo con ayuda de Medea en busca del preciado vellocino de oro. Pero frente a tan manidos turistas imaginarios cabe oponer la figura del *geonauta*: el viajero terrestre que se desplaza por el mundo real de nuestro planeta Gea recorriendo sus rutas globales en cuerpo y carne mortal.

### ESPECIES DE GEONAUTAS

Con cierto simplismo podemos clasificar a los geonautas como un género taxonómico compuesto de tres grandes especies. Ante todo el viajero mercenario que se desplaza solo movido por su propio interés lucrativo, cuyo prototipo específico es el viajante de comercio: un viejo ejemplar de comerciante (como lo eran los navegantes atenienses o fenicios, genoveses o venecianos y catalanes o gaditanos, en el linaje genealógico fundado por los argonautas atraídos por la fiebre del oro) que es más conocido en la actualidad como hombre de negocios. Es la especie más numerosa de geonautas, como clientela hotelera de los días laborables que presenta múltiples variedades específicas: el geonauta empresarial que se reúne asiduamente en ferias, congresos y convenciones (directivos, financieros, ejecutivos de *marketing*), el geonauta tecnocrático que acude a las sedes administrativas o a las cumbre gubernamentales (políticos, funcionarios y sherpas), el geonauta cultural en busca de prestigio mediático (cineastas, *performers*, estrellas de rock, modelos de pasarela), profesional (periodistas, reporteros, arquitectos, cocineros,) o académico (médicos, científicos, economistas, historiadores, conferenciantes) y el geonauta belicoso armado hasta los dientes (militares, padrinos mafiosos, traficantes de armas o sustancias ilegales, tratantes de blancas o menores y demás descendientes del antiguo linaje de piratas, guerreros y conquistadores). Una fauna venal cuyo denominador común es el afán de lucro que constituye por ello lo que podríamos llamar la zona negra de la geonáutica.

Frente a esa especie mercenaria aparece contrapuesta la zona blanca de geonautas no venales sin ánimo de lucro. Son los turistas propiamente dichos, como geonautas desinteresados cuyos viajes no son una necesidad ni un negocio sino una aventura o una diversión. Se trata pues de un bien de consumo suntuario y no un bien de inversión rentable, que no se realiza en el tiempo de trabajo (días laborables) sino en el de ocio (fines de semana y vacaciones estacionales). Son los geonautas consuntivos y hedonistas que están dispuestos a gastar su tiempo, su esfuerzo y su dinero para satisfacer su sed de emociones, su búsqueda de placer y su afán de gratificación. De esta manera se polarizan dos formas de viajar, aquella primera instrumental y utilitaria (zona negra) y esta otra expresiva y gratuita (zona blanca). Una forma consuntiva y no rentable de viajar por puro placer en la que no voy a profundizar aquí, al estar bien contemplada en los demás artículos de este mismo número.

Pero queda finalmente otra tercera forma híbrida y mestiza, a la que cabe denominar zona gris, que participa en cierta medida de los frutos de las otras dos zonas simultáneamente, sin que pueda ser clasificada ni en la blanca (viajes gratuitos y consuntivos de los turistas geonautas) ni en la negra (viajes utilitarios y rentables de los geonautas mercenarios). Es la zona intermedia poblada por la especie de los otros turistas: los geonautas filantrópicos que viajan por razones humanitarias para prestar desinteresadamente servicios gratuitos a los demás, según el ejemplo de las actuales organizaciones no gubernamentales (ONG) como Médicos sin Fronteras y demás asociaciones de voluntarios altruistas sin ánimo de lucro dispuestas a viajar a los cuatro puntos cardinales para comprometerse con aquellos de sus semejantes que estén más aquejados por catástrofes, hambrunas, agresiones y demás penalidades. Pero al hacerlo así estos turistas humanitarios se revelan como los continuadores secularizados de los misioneros cristianos que en el pasado siglo XIX acudieron a cristianizar las nuevas colonias occidentales, en paralelo a los aventureros imperialistas (tipo David Livingstone o

Cecil Rhodes) y a los funcionarios etnográficos precursores de la antropología que también servían a las administraciones coloniales.

## LOS TURISTAS POLÍTICOS

En definitiva los voluntarios de las ONG, lo mismo que sus antepasados de las misiones coloniales, son los mejores representantes actuales de esa subespecie de geonautas que cabe denominar como turistas políticos. Su origen genealógico se remonta por lo menos hasta el apostolado propagandista de los profetas fundadores de las grandes religiones que viajaban para sembrar y diseminar la buena nueva que se creían llamados a anunciar, por el estilo de Juan Bautista o Jesucristo y de Buda o Mahoma, así como sus séquitos de apóstoles seguidores que partían después a difundir sus enseñanzas por nuevas tierras de misión. Y todavía más atrás cabría remontarse hasta la legendaria figura de los magos o nómadas chamanes.

La obra clásica de referencia es *El mito del mago* [1948], de Elizabeth Butler (Cambridge U.P., Madrid, 1997), autora que hace descender a los magos de una casta sacerdotal irania (de ahí lo de ‘magos de oriente’, como los bautizaron los griegos) a la que perteneció Zoroastro como fundador de la stirpe. Y tras él, Butler identifica a los grandes magos de la edad de oro: Moisés, Salomón, Pitágoras, Apolonio de Triana, el Cristo de los evangelios apócrifos y Simón el Mago, a quien los discípulos de Jesús tomarían como modelo negativo condenando su pecado de ‘simonía’. Luego vendrían los tiempos oscuros de persecución cristiana de los magos hasta llegar al alquimismo bajomedieval de Roger Bacon y el Doctor Fausto. Jörg Faust, Johann Fausten o Georgius Faustus existió realmente, viviendo entre 1480 y 1540 en el ducado de Wurtemberg, Alemania. Allí ejercía de mago alquimista, pretendiendo ser la segunda encarnación de aquel Simón el Mago contemporáneo y rival de Cristo. Y como tal chocó en varias ocasiones con Martín Lutero, que como profeta religioso pero rebelde competía con él por el acceso a la atención y los favores de una misma audiencia común. Tanto fue así que Lutero llegó a acusar a su rival de estar endemoniado, practicar magia negra y ser una encarnación del diablo.

Y es que, en efecto, el propio Fausto pretendía haber tenido tratos con el demonio, habiendo sobrevivido con éxito a la muerte que le causó este llevándole consigo al infierno. De esta supuesta resurrección milagrosa procede el posterior mito creado con Fausto, primero por obra de Marlowe (1592) y después de Goethe (1808). Pero el Fausto de Goethe es mucho más ambicioso que el de Marlowe, pues no solo busca su propio reconocimiento público sino que además ansía como buen ilustrado la transformación de la sociedad, sentando así las bases como señaló Marshall Berman (*Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, Madrid, 1988) de la modernización y el desarrollismo progresista. A partir de ahí, la figura de Fausto adquiere otra dimensión, pues el de Goethe no solo ansía su propio bien sino que además busca sobre todo el bien de los demás, creando así mayor bienestar colectivo. Lo cual supone la secularización y socialización del mago alquimista y del profeta religioso, para dar lugar al intelectual orgánico primero del progresismo ilustrado y después del revolucionario, como profeta comprometido que presta sus poderes carismáticos al servicio del pueblo.

Llegamos así a la versión más cumplida del geonauta progresista y solidario que es el turista político, tercer eslabón de la cadena tras el mago nómada y el profeta religioso. Los magos nómadas todavía prestaban sus servicios al mejor postor, estando más cerca por tanto de los geonautas mercenarios. Por su parte, los profetas heréticos y reformistas como Lutero ya no viajaban para defender su propio interés sino para afirmar y propagar su fe al servicio de Dios. Pero habría que llegar a los revolucionarios profesionales de la era moderna para encontrar viajeros desinteresados en defensa de una causa al servicio de los demás. Es ante todo en la Revolución Americana de 1775 donde aparecen en efecto los primeros turistas políticos, pues hasta allí acuden los primeros demócratas revolucionarios de toda Europa, como el inglés Paine, el polaco Kosciusko y el francés Lafayette, que una vez proclamada la Independencia de EE UU regresarán al continente para promover a su vez la lucha colectiva contra el despotismo absolutista, lo que contribuyó decisivamente al

ENRIQUE GIL CALVO

triumfo de la Revolución Francesa, en la que también participaron tanto Thomas Paine como Tadeusz Kosciusko.

Y después, en las sucesivas oleadas revolucionarias de 1830, 1848 y 1871 en el siglo XIX, así como en las posteriores revoluciones del siglo XX, de 1917 a 1968, y del zapatismo de la selva lacandona (escenificado por el subcomandante Marcos que atrajo a multitud de peregrinos cosmopolitas) al altermundista movimiento antiglobalización inaugurado en Seattle, ocurriría lo mismo, actuando todos los activistas revolucionarios como turistas políticos comprometidos a cruzar todas las fronteras transnacionales en múltiples direcciones. Y el más reciente ejemplo lo tenemos en el año 2011, cuando la protesta contra los efectos de la crisis global estalló primero en la plaza Tahrir de Túnez y en El Cairo para viajar desde allí el 15M a la Puerta del Sol de Madrid y difundirse después en red por todo el planeta propagada por los turistas políticos del movimiento de los indignados hasta llegar al Occupy Wall Street de Zuccotti Park.

## LOS TURISTAS CÍVICOS

Pero como comenta John Markoff en su libro *Olas de democracia* (Taurus, 1998), donde narra todos estos peregrinajes ideológicos, los revolucionarios profesionales o diletantes no son los únicos turistas políticos. Además de esa hay otras subespecies adicionales de geonautas progresistas cuyo móvil humanitario es más cívico que político. Y Markoff cita al respecto el más célebre y exitoso de los movimientos sociales transnacionales: el abolicionista de la esclavitud, precursor de la propia revolución democrática que nació en suelo británico y se extendió por todos los países protestantes con la sagrada misión de emancipar al género humano. Posteriormente, una vez que se cubrieron todos sus objetivos tras la victoria abolicionista en la estadounidense Guerra de Secesión (1861-1865), y aunque en los países católicos como España continuase subsistiendo hasta el Desastre de Cuba, los militantes transnacionales del movimiento antiesclavista dirigieron sus objetivos humanitarios en dos nuevas direcciones: el sufragismo en demanda del voto universal

femenino, que alcanzó pleno éxito a comienzos del siglo XX, y el llamado Ejército de Salvación, que decretó una cruzada pietista y puritana contra todos los vicios (prostitución, alcoholismo, etcétera), así como contra el sobre explotador trabajo infantil y femenino. Una cruzada esta que luego habría de degenerar en el actual prohibicionismo del tabaco, la prostitución y las drogas, causa última del crimen organizado que medra y se lucra con toda clase de tráficó inhumanos e ilícitos.

En cualquier caso, estos turistas cívicos que lucharon por abolir la esclavitud y conquistar el voto femenino son los grandes precursores de los actuales turistas cívicos: desde los nuevos movimientos sociales fundados al hilo de mayo de 1868 (feminismo, pacifismo, ecologismo...) hasta las actuales ONG de voluntariado altruista y altermundista que se comprometen con la solidaria defensa de todas las causas humanitarias, aunque muchas veces se trate (o sobre todo cuando ese es el caso) de auténticas causas perdidas. Pues esa es la verdadera vocación, o la genuina misión, del auténtico geonauta: la de hacer una arriesgada y emocionante aventura del apasionante y embriagador servicio a los demás. Como se comprometen a hacer estos “otros turistas”, ya sean turistas políticos o, sobre todo, cuando son turistas cívicos.



ENRIQUE GIL CALVO ES CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. AUTOR DE *LA IDEOLOGÍA ESPAÑOLA*, *CRISIS CRÓNICA* Y *LOS PODERES OPACOS*.